

VICTORIA SAU

La maternidad: una impostura

$m = f(P)$

Una impostura es una mentira urdida con un fin premeditado, sea éste conseguir algo, sea mantener incólume lo conseguido. Es una perversión y a la vez el *summum* de la sutileza de la mentira social y política. Es la corrupción misma. Y desvelar su secreto, el escándalo mayor y más punible. La verdad a la que la impostura suplanta resulta intolerable. Es tanto como destapar el *séptimo sello* del Apocalipsis o afirmar que son artículo de fe los *versos satánicos*. Equivale a dar fin al «secreto de familia» de la humanidad, ese secreto que remite a un origen que huele a podrido como afirma Nietzsche en *Genealogía de la Moral*.

Françoise Héritier nos habla de «escándalo primario» al referirse a la inversión fundamental entre los sexos. (Ejemplo: el hombre es activo donde la mujer es pasiva y viceversa. Y así en todo). Es la suya una estructura cruzada. Pero, además, jerarquizada, como es del saber común amén de recordarlo la autora. Pero ¿por qué habría de haber jerarquización entre hombre y mujer si podían haberse coaligado en beneficio de ambos? ¿O haberse ignorado mutuamente, en el sentido más opuesto? Sigue diciendo F.H.: «¡El mundo hubiera sido tan fácil de organizar con uno solo!». Probablemente, sí, Françoise, pero entre organizarlo a dos -los que son, son- y hacerlo *como si fuera uno solo siendo en realidad dos*, el género humano se ha complicado muchísimo más la vida, dando lugar entre otras cosas a la inversión entre los sexos y a la jerarquización.

El problema fundamental del género humano es la muerte. La muerte hace necesaria la sucesión. Para que la rueda de los días siga girando, para que no se desaprenda lo aprendido, para que los muertos puedan ser enterrados, hacen falta quienes *devengan de*. Como bien dice Baguenard, Maisondiou y Métayer, los dioses no necesitan tener hijos porque son inmortales. (La demografía actual parece ir en este sentido: a mayor esperanza de vida de los pueblos, menos natalidad).¹

Una vez admitida la muerte y que todo ser humano procede de Alguien, hay que admitir también que ese Alguien son dos, llámense madre femenina y madre masculina, o como quiera que por convención les llamemos. En la sociedad de los padres en cambio ese Alguien se erige como Uno y se autodenomina Padre mediante un proceso de abuso de fuerza y de poder que le lleva a autolegitimarse como tal. El Padre, con mayúscula, aumentado peligrosamente de tamaño, ha «engordado» devorando a la madre, fagocitándola, para que siga cumpliendo funciones intrínsecas sólo que desde dentro suyo, desde el fondo de su terrible vientre de ogro. La maternidad ya no es co-responsable con la paternidad, al contrario: es reducida a un destino vicario, esclavo de la Ley del Padre. El poder de vida y muerte pasa a manos de Uno Solo, quien organiza la sociedad entera en función de su matrofagia.

La maternidad, absorbida al interior del orden patriarcal, empieza a obrar al dictado del Padre que la contiene. Sus cometidos, básicamente parir y criar, son los que el Padre no puede y/o no quiere ejercer por sí mismo, pero sobre los que ordena y manda para que su omnipotencia sea absoluta: los hijos que yo quiera, cuándo quiera, de quién quiera, cómo yo los quiera.

El hecho de la matrofagia, el engullimiento de la madre, su desaparición, le es ocultado a la prole. En su lugar se le da una impostora que la suplanta. Las propias «madres impostoras» fueron olvidando a través de los siglos que lo son, y se toman a sí mismas por reales, añadiendo confusión a la confusión. Porque *eme igual a función de*

pe mayúscula no es lo mismo que maternidad: es una chapuza.

El crimen organizado contra la madre -su deglución- es el matricidio primitivo. Desde entonces la maternidad no se trasciende a sí misma en valores sociales y culturales; no es portadora de tales valores sino porteadora de los valores del Padre. El padre en tanto que tal tampoco existe porque el Padre es un mal-padre, un padrastro.

La maternidad no es homologable a la Paternidad. Al contrario, está al servicio de ésta última. Que las mujeres hagan mucho trabajo maternal, mucho maternaje, no significa que haya Maternidad. Incluso la parte más «natural» de la misma, a la que por otra parte ha sido reducida, no le pertenece porque también esas funciones en *sensu strictu* femeninas le han sido alienadas. El mito de la maternidad es eso, un mito, una superchería, al estilo del mito de los metales que propone Platón en *La República* para tener a cada cual en su sitio. La Maternidad no tiene un Lugar propio en el orden patriarcal de la sociedad. ¿La Madre ha muerto! ¡Viva el Padre!

El paradigma

En un estudio científico el paradigma es el modelo desde el que se aborda el objeto de estudio o, dicho de otra manera, cómo se posiciona, quien investiga, sobre él. Puesto que aquí el objeto de estudio es *la maternidad como impostura*, y éste es un asunto que afecta a los humanos en tanto que hijas e hijos, esto es, personas que han venido al mundo cuando *alguien* ya estaba en él, el paradigma es Hija → madre. Hija antes que Hijo porque aunque en el patriarcado la humanidad entera está huérfana de Madre, la mujer es dos veces huérfana porque *eme igual a función de pe mayúscula* es además su modelo de identificación.

Se invita pues a las mujeres (sea cual sea su edad y estado civil así como su situación concreta con respecto a la maternidad) a posicionarse ante estas líneas en tanto que *Hijas de*. Hijas airadas, engañadas, estafadas, que han descubierto que la maternidad es una

impostura y la madre una impostora que nunca superó el estadio de hija... del Padre. Se invita a la vez a los varones, si alguno considerase oportuno detenerse en este texto, a hacerlo asimismo como *Hijo de*. Los conceptos *Hija de* e *Hijo de* tienen la ventaja de abarcar a la humanidad entera sin dejar nadie fuera, sin exclusiones de sexo, edad, etnia o clase social. El fenómeno nos concierne en tanto que género humano y no género sexual. Este último lo que sí ofrece son variaciones derivadas del primero, pero no a la inversa. Las mujeres están condenadas a identificarse con un modelo de impostora; los varones están condenados a identificarse con un padrastro y a perpetuar como siervos su modelo de iniquidad. Aunque hombres y mujeres puedan encontrar a veces placer y/o satisfacción en el desempeño de sus respectivos papeles, esto no impugna nada de lo dicho hasta aquí. Cuando no hay agua potable los seres humanos pueden beber orines propios o de los animales y satisfacer la sed. La capacidad de adaptación, para bien y para mal nuestro, nos distingue. Por otra parte, sin ramalazos de placer que mitiguen el tono general no sabemos si los humanos hubieran soportado la sujeción al Padre.

Para esta investigación todos los datos son importantes, no podemos permitirnos prescindir de ninguno. Como si hiciéramos un registro de nuestro hogar en busca de pruebas, recogeremos fotografías, «diarios», documentos legales, facturas, cartas, huellas, grabaciones, objetos aparentemente sin valor que pueden ser fuente de evidencia.

Fuentes de evidencia: voces en la sombra

- «Pero al conocerse la paternidad se pasa del androcado al patriarcado, *el hombre se apropia no sólo de la jefatura de la sociedad sino también de la familia*, llegando a imponer la idea de que los hijos no son de las mujeres sino suyos.» (Martín Sagrera, 1972: *El mito de la maternidad en la lucha contra el patriarcado*. El subrayado es del autor).

- «Les femmes, dans les sociétés modernes judéo-chrétiennes sont des enfants sans mère.» (Phyllis Chesler, 1972: tr. fran. *Les femmes et la folie*).
- «Soy la única, bajo este techo, que no tiene Madre.» (Christiane Olivier, 1980: *Los hijos de Yocasta*).
- «Pendant sa vie, la mère est en éclipse, éclipse du sexe, éclipse du sens». (Anne Marie de Vilaine, 1982: *La mère intérieure*).
- «On commence tout juste à entrevoir la violence faite aux femmes à travers des siècles de pouvoir masculin.» (Baguenard, Maisondieu, Metayer, 1983: *Les hommes politiques n'ont pas d'enfant*).
- «Se debe negar a Eva la libertad de tomar sus propias decisiones con respecto a su deseo sexual o a su vida corporal. Como madre de todo lo viviente tiene el poder de dar y de negar la vida, pero la ley religiosa y civil debe convencerla de que no puede elegir. Su destino, más allá de su deseo, es la maternidad.» (Silvia Tubert, 1991: *Mujeres sin sombra*).
- «Les mères sont méprisées en tant que mères, dévalorisées, exclues des centres du décision; elles doivent assumer l'entière responsabilité de leurs enfants sans recevoir aucun soutien, accepter les reproches quand ceux-ci ont des problèmes.» (Jane Swigart, 1990: tr. fran. *Le mythe de la mauvaise mère*).
- «Le médecin, le 'psy', le juge: tels sont les nouveaux pères. Ils ont hérité du pouvoir sur l'enfant, par l'intermédiaire d'institutions tutélaires mais inquisitrices. Les lois n'ont donc accordé aux mères qu'un pouvoir en grande partie vidé de sa substance.» (Ivonne Knibielher, 1993: «Mères, pouvoirs» En Michèle Riot-Sarcey, dir. *Femmes, Pouvoirs*, 32-43).
- «Y si el padre no fuera más que un amo...» (Georges Snyders, 1980: *No es fácil amar a los hijos*).

- «Existe una contradicción básica que se ha dado en todas las épocas del patriarcado entre las reglas y sanciones diseñadas para mantener a las mujeres esencialmente impotentes, y las atribuciones de poderes casi sobrehumanos que se han dado a las madres.» (Adrienne Rich, 1980: «Maternidad: la emergencia contemporánea y el salto cuántico». En *Sobre mentiras, secretos y silencios*).

- «Un día, en un momento de desánimo, le dijistes (al marido, padre de G. Simenon): Cuando pienso, Desiré, que nunca me has dicho 'te quiero'. -Y mi padre respondió con los ojos húmedos, estoy convencido de ello: Pero estás aquí.- ¿Sería eso lo que te endureció? ¿Sería que, atrapada entre los Brüll, de los que procedías, y los Simenon, en cuyo clan entrabas, sentiste como una separación e incluso un desasosiego?» (Georges Simenon, 1993: *Carta a mi madre*).

- «La autoridad masculina es la institucionalización del 'derechos del más fuerte'; es la *ley del padre* que se impone en lo político y en lo social en las sociedades por ello llamadas patriarcales. (...) Asimismo, el hecho de que los hombres sean juez y parte condiciona que la felicidad que se contempla como bien común sea primariamente la de los hombres y no la de la mayoría. No se cumple el principio del mayor bien para el mayor número.» (Graciela Hierro, 1985: *Ética y Feminismo*).

- «... siendo el hecho de la procreación en última instancia cuestión de la colaboración genética entre un hombre y una mujer, y como quiera que éstas (nosotras) no tenemos capacidad de decisión sobre el porvenir de la población que generamos, venimos a ser mediadoras en cuanto a la reproducción se refiere...». (Carmen Saez, 1990: «La mujer nueva: nuevas tecnologías reproductivas (NTR) ¿nueva maternidad?»).

- «Así, el orden simbólico y el orden biológico se integran en la función de la paternidad. La maternidad es el recinto de ese orden, pero el eje significativo es la paternidad.» (José Lorite Mena, 1987: *El Orden femenino*).

- «La femme-mère, exclue puis inferiorisée dans le domaine public, peut peser sur les décisions du mari. Mais ce pouvoir, qu'écrivains et sociologues ont tendance à magnifier, n'en reste pas moins un pouvoir complémentaire, un *pouvoir détourné*. La réalité du cadre où les enfants acquièrent leur conscience du monde, est une réalité du *inégalitaire*. (Denis Berger, 1993: «Mouvement ouvrier, femmes, pouvoir». En Michèle Riot-Sarcey, dir. *Femmes-Pouvoirs*, 108-123).²

Fuentes de evidencia: el vacío de la maternidad crea monstruos

En el plano inmediato y en el mediato.

Ejemplo de plano inmediato: los abusos sexuales a menores. Estos no son un fenómeno excepcional de la sociedad del Padre sino una prueba más de que éste es el amo de cuerpos y almas, de tal modo que nadie es capaz de pensar-se o ser pensado si no es por referencia a él. Así pues, la madre es la más des-almada de las criaturas porque ha vendido su maternidad como Esaú vendió su primogenitura, de donde que su palabra no obre y su autoridad sea una caricatura.

Sólo desde la fórmula $[m=f(P)]$ es dramáticamente comprensible el fenómeno de tantas supuestas madres encubridoras, o estúpidamente ignorantes, de los abusos sexuales de los que son víctimas sus hijas (y también hijos) menores por parte del padre, o figura familiar sustitutiva, de las mismas. Estas criaturas, o adolescentes, a quienes cae en (mala) suerte un padre-fauno, no suelen contar con la égida o protección de la madre sino al contrario: inermes frente al conflicto, al principio esperan una intervención que las salve, tanto de los hechos en sí mismos, como del estado de confusión emocional-cognitiva por ellos creado. Pero en su lugar encuentran una *madre* evanescente, oscuramente cómplice del padre, que favorece incluso la oportunidad de los encuentros, o los niega de forma obtusa, o bien los justifica bajo la fórmula de que el padre es un «enfermo», «no sabe lo que hace» y hay que «perdonarlo» por esto mismo y por

evitación del escándalo. Pero ¿dónde está el escándalo? En que el padre real pone de manifiesto todo su poder liberando así el «secreto de familia» de la humanidad, ¿o en descubrir que la *madre* traicionó su maternidad, carece de autoridad y de principio ético, está «vendida» al padre y le ha entregado a sus propios vástagos atados de pies y manos? Lo primero no podría ser sin lo segundo: éste es el escándalo.

Ejemplo de plano mediato: la guerra como institución legitimada por el patriarcado, manifestación de filicidio colectivo y expresión rotunda de una dictadura sexual en la que el Padre utiliza en su beneficio a los seres humanos desposeídos previamente de madre.

Un orden social en cuya estructura de base se asiente la jerarquización derivada de un abuso de poder, jamás puede aspirar a resolver sus conflictos por medio de la inteligencia y la razón, entendiendo por tales áquellas que son capaces de vincularse adecuadamente con los afectos. Sólo desde este punto de vista es admisible la conocida y resignada frase de que la guerra «ha sido, es y será».

La hipocresía de los Padres de un orden social que por sí mismo hace inevitable la guerra y por esto la tiene legitimada, pero que en cambio finge que desea y persigue la paz, creo que queda explicada por Françoise Héritier cuando se refiere a la jerarquización que subyace al pensamiento binario de la humanidad:

«Siempre jerarquizado -dice- aunque lo lógico sería esperar que ambos fuesen equidistantes de un término medio positivo. (...) En lugar de eso se encuentran dos polos, un polo negativo, un polo positivo, y la mayoría de las veces la sociedad valoriza más el polo negativo. Por ejemplo, todas las sociedades afirman preferir la paz a la guerra, sin embargo es mejor ser un guerrero».³

Es la sociedad contemporánea, podemos añadir, la que se siente obligada a fingir el deseo de paz porque el Padre, acosado por la transformación revolucionaria que experimentan sus mujeres, empieza a presentar signos de envejecimiento y debilidad. Pero a lo

largo de la historia, en la plenitud de su vigor, la defensa de la guerra como bien social ha sido hecha sin ambages, hasta el punto de constituir una profesión y principal seña de identidad masculina. Y esto todavía en nuestro siglo en el que, como señala Elisabeth Badinter, dos Guerras Mundiales vienen en ayuda de la crisis de esa identidad. «Después del cataclismo de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual la hipervirilidad se mostró con todos sus rasgos patológicos, la guerra ya no parece adecuada para remediar las deficiencias masculinas.»⁴

Fuentes de evidencia: el vacío sociopolítico

Mencionaremos únicamente tres fundamentos estructurales de la cuestión.

¹² Las *madres*, y por extensión las mujeres, son objeto pero no sujeto del Contrato Social Masculino. Dicho Contrato es un producto de los Padres. En tanto que *madres* las mujeres depositan las/os hijas/os en el seno de un orden social en cuya organización no han intervenido y que, además, las excluye de forma explícita.*

*[El fenómeno reciente en la cultura occidental de que las mujeres *puedan* acceder a los mismos puestos directivos que los varones (?) no otorga necesariamente significación femenino-materna a tales conductas. A pesar de los esfuerzos de algunas para transformar desde dentro, la realidad implica entrar en recintos del Padre aceptando la normativa previa que rige en cada uno, establecida en su día unilateralmente. Se trata de una yuxtaposición de lo femenino a lo masculino-Paterno, al modo del vagón de cola que se añade a un tren ya formado y con itinerario previsto. Un ejemplo de si esto no fuera así: En el sistema de representaciones de cada nación se plasmaría el cambio cualitativo habido -no el cuantitativo de sumar mujeres a hombres-, y la posición de las mujeres y de las madres como colectivo subordinado pasaría a ser objeto exclusivo de estudios históricos, al estilo de «erese una vez...». Y los Gobiernos, en el supuesto de que siguieran llamándose así, al entrar en negociaciones con otros, exigirían estar en paridad, o sea, que se hubiese producido la entrada de las mujeres en el Contrato Social. Y lo harían con la misma vehemencia con que hoy se exigen mutuamente el no proteccionismo en el libre comercio, o la reducción de armas nucleares. El Contrato de un mundo pensado en forma piramidal, con el Padre en la cima, debe ser, para que haya maternidad, profundamente revisado y modificado para convertirlo en otro basado en relaciones horizontales y no verticales, donde el poder se comparte y no se reparte]

2º Las mujeres no hacen genealogía. No tienen *nombre* que transmitir porque carecen de nombre propio. Ellas mismas no pueden ser nombradas si no es por apelación al varón. Tan *women* son («cosa del hombre») que la mayoría ni siquiera han reparado en ello.

3º La *maternidad* no genera instituciones -sólo edificios a los que se va a parir, como reza el diccionario-. La Familia, la más primaria y que al menos por fenomenología pudiera corresponderle, es patriarcal. El padre es la cabeza común de todos sus miembros. A través de ese padre y del linaje masculino al que pertenece -del que él es un eslabón más- las supuestas madres ceden al Estado, Padre de padres, el poder de vida y muerte sobre sus hijos/as. Otras instituciones como el Ejército y la Iglesia -la que sea- le siguen en importancia, así como todas las económicas, jurídicas y sociales. La propia tierra que pisamos, nuestro suelo común, es la Patria o territorio de los Padres, lugar en el que no se entra, ni se sale, ni reside, sin la autorización de éstos.

Fuentes de evidencia: la penetración psicológica

Por mor de la brevedad que requiere un trabajo de esta índole aludiré únicamente a cuatro aspectos de la cuestión que se concatan entre sí.

1º La jerarquización de las relaciones Padre/madre, Hombre/mujer. Estas se manifiestan en los campos de la inteligencia y de la personalidad. Las mujeres no despliegan toda su inteligencia para no aparecer como «iguales». Los varones lo hacen de forma intensiva -en algún campo determinado- pero no extensiva para evitar darse cuenta de la realidad y para no resultar «femeninos». El mecanismo principal subyacente para mantener ese estado de cosas es la represión.

2º La personalidad queda trastornada por la división esquizofrenógena del aparato psíquico de todos los individuos en dos: emocional vs. racional. Se refuerza la hipertrofia racional en el varón, que deja de ser

racional por abuso, privado de mecanismos emocionales que frenen su *logos* disparado, enloquecido. Y se refuerza la hipertrofia emocional de la mujer, previamente asignada, quien pierde con ello el manejo de sus emociones y se pierde, como conclusión, para sí misma.

3ª La representación mental de este organigrama trágico del mundo como único posible, permite reproducir *ad infinitum* los mismos gestos, las mismas conductas. Estas se plasman en el mundo externo por medio de todos los vehículos culturales, reforzando tal representación a la vez que legitimándola.

4ª Los juicios de valor, los estereotipos, las pequeñas costumbres, son elementos menores que coadyuvan al mantenimiento de lo establecido. Distribuidos a lo largo y ancho de la vida cotidiana, son los encargados de mantener a cada cual en su lugar o de saber en qué medida se está distanciando del mismo.

La Psicología institucional, desde diversas fórmulas técnicas, atiende a quienes enferman ostensiblemente a causa de este orden de cosas, ejercicio llamado *adaptación o curación*.

Fuentes de evidencia histórica: la línea hebrea

El mundo occidental, su orden de cosas, es históricamente heredero de dos líneas de pensamiento: la hebrea y la griega. Se ha prestado más atención a esta última por ser la abanderada del pensamiento lógico y la razón, pero es un error desdeñar el calado de la primera, la hebrea, inscrita en nuestra memoria colectiva, creencias y costumbres. Las tablas de la Ley mosaica, asumidas por el Cristianismo, habían de ser norma de vida durante muchos siglos.

Rastreando la huella de la Madre en la Biblia nos encontramos que en el primer libro del Pentateuco, el Génesis, aquella es invisible, ya ha sido fagocitada. Más allá de la discusión de los dos relatos de Adán y Eva, incluso en el primero, menos sexista, ya nos encontramos un Alguien señor de la creación entera y de la Ley. Este Alguien, después

de un problemático plural inicial, todavía dudoso, es Uno y Masculino; siguiendo ese modelo serán llamados por su nombre -incluso Caín- e «hijos de Dios» los varones-padres que encabezan y transmiten genealogía divina. Eva es llamada «madre de todos los vivientes» en tanto que paridora de éstos, pero no ejerce en ningún momento como tal, y no vuelve a saberse nada de ella después de la expulsión del Paraíso. Ni una voz, ni una palabra para su prole -la femenina obliterada después de ella misma- más allá de su tímida disculpa de que la serpiente la había engañado. Los hijos sucesivos de Adán -sólo él, como Padre totémico- son sólo nombres de varones, a pesar de que engendran «hijos e hijas». (Gen. 5, 3-32). También la descendencia de Caín es absolutamente masculina. Las madres, ausentes, silenciadas, son sólo un vacío pavoroso, una oquedad imposible de ser rellenada, y que nos hace desconfiar, especialmente a las hijas, de ese Uno que nos la ha escamoteado, secuestrado y/o asesinado.

Lothar Peritt, experto en el Antiguo Testamento, nada sospechoso de ser un hijo que busca a su Madre, nos dice que en el Génesis el Padre es un principio fundacional genealógico, y que sólo se concibe a partir de esta idea de organización. No es imaginable que pudiera valerse por sí solo el individuo aislado si no es como miembro de un grupo primario por la sangre de la familia o del linaje.

«Los linajes estaban reunidos en tribus cuya dimensión se determinaba por la organización de la alimentación y la defensa contra las amenazas. Todo este sistema reposaba sobre la paternidad tanto a nivel inmediato como mediato. (...) El principio de la genealogía paterna estructuraba la vida y las relaciones de la comunidad desde la más pequeña a la más grande. Así un hombre se llama siempre «hijo de», los miembros del linaje o de una tribu se denominan globalmente «hijos de»; ellos forman «la casa de».

(...)

«Toda la vida, tanto sagrada como profana, pasa por él (el padre) y se transmite a los hijos quienes, por su parte, se consideraban

padres virtuales. Sin este principio «paternal» como orden fundamental y constituyente de la comunidad no se puede pensar en la familia ni el pueblo.»

No hay trazas -dice el autor- de una sucesión matrilineal en la genealogía. Y añade: las madres dan a luz; los padres engendran.

Como no podría decirlo mejor con palabras propias, devuelvo la suya a Perlitt para dar fina a este apartado, que se explica suficientemente por sí mismo:

«La organización patriarcal confiere su impronta al ciclo cultural; el hombre como amo de casa y padre era la figura central en el plano horizontal de la sociedad y en el plano vertical de la historia; pero también es cierto que estaba prendido en los vínculos de sangre y del amor, de la costumbre y de la norma. Era el señor de las mujeres, de los hijos, de los servidores, pero él mismo llamaba «Señor» al dios de Israel. Es ahí donde residían, en último análisis, el secreto y el límite de su autoridad.»⁵

Hacemos notar que la palabra «madre» es eludida, sustituida incluso por «mujeres», desposeídas del título de autoridad. En cuanto a los argumentos de los límites de la autoridad paterna, hay que considerarlos una tautología. El «Señor» dios de Israel a quien se refiere el autor, es la otra parte del pacto, el Padre de padres, el modelo. El límite de autoridad se produce entre los padres mismos pero en ningún momento implica una restauración de la Madre.

Las mujeres no pueden sentirse «madres virtuales» porque la maternidad no es un referente co-constituyente de la comunidad, ni una categoría a alcanzar en el futuro. Es sólo una función, la de gestar, parir, y criar para el Padre, hasta el tiempo que sea necesario, a los hijos «padres virtuales» -o aprendices de Padre- y a las hijas necesarias para el relevo generacional.

Fuentes de evidencia histórica: la línea griega

Mientras en el Antiguo Testamento la voz de la Madre ya ha sido sofocada y ni siquiera Lilith, pieza del folklore judío, nos deja otra cosa que su huída, en el mundo griego todavía quedan ecos de la última vez que nuestra Madre habló. Una de esas voces es la de Deméter. Es diosa de la Tierra y de todo lo viviente que hay en su superficie; comparte el mundo con tres hermanos varones: Zeus es el dueño del aire, del éter, del relámpago y el trueno; Hades es amo del subsuelo, las entrañas de la tierra -¿la minería?--; Poseidón reina sobre las aguas del mar y de todo lo que contiene. Pero uno de esos hermanos, Hades, rapta a la mayor de las hijas de Deméter, Perséfone, la lleva a su reino y la hace su esposa. Pero Deméter no es la suegra del patriarcado que educa hijas dóciles para el marido, o las ayuda a buscar esposos ricos que cubran la pobreza endémica de la mujer, o las echa de casa porque han desobedecido la Ley del Padre y la han hecho quedar mal a ella como educadora... No. Deméter ejerce todavía de Madre, su palabra tiene poder y se traduce en hechos reales, de modo que cuando un dios intermediario pretende convencerla para que deje de lamentarse sobre el destino *natural* de las hijas -perder la virginidad, casarse y traer hijos al mundo- ella responde:

«Y bien, si tal debe ser el destino natural de las hijas, que perezca toda la humanidad. Que no haya más cosecha, ni grano ni trigo si esta hija no me es devuelta».

Como Deméter es Madre todavía -aunque en tiempos precarios que presagian un nuevo orden- la amenaza se cumple, hasta el punto de que tiene que haber una negociación. De resultas de ésta la hija pasará seis meses al año según unos autores, nueve según otros, al lado de su madre.⁶

Otra Madre en ejercicio la encontramos en la tragedia griega. En *La Orestíada* -Esquilo-, trilogía que termina con el asesinato de la madre, tenemos un ejemplo de poder de vida y muerte que ya se

abrogaban los padres sobre su descendencia. Agamenón, jefe de la flota griega en la guerra contra Troya, sacrifica en un momento dado a su hija Ifigenia a los dioses para que éstos le ayuden enviándole un viento favorable. En la retaguardia, Clitemnestra, esposa y madre, llega a saber lo ocurrido y espera, con paciencia, el momento de la venganza. Diferenciando muy bien lo que es fruto del parentesco y lo que es un contrato, con respeto para el contexto en el que ocurren los hechos, Clitemnestra mata a espada a quien ha asesinado a su hija utilizándola para sus fines.

El ejercicio de la maternidad le supone a Clitemnestra la muerte porque será más tarde su propio hijo quien la mate para vengar al padre. El matricidio se convierte así en el fundamento del patriarcado, no tanto por la muerte física, real, de Clitemnestra, sino porque el argumento utilizado para declarar inocente a su hijo es que ella *no es su madre*, sino sólo la nodriza de la semilla del padre. Ha nacido la *madre* porteadora.

Dice Werner Lemke, experto en literatura griega antigua:

«El dios supremo de los Helenos llegó al espacio mediterráneo con la invasión de las tribus griegas de organización patriarcal y se impuso, a la salida de un largo proceso de historia religiosa, a las potencias telúrico-maternales de la profundidad y de la muerte, pero sin desposeerlas de todo poder.»

Los adjetivos con los que se califica normalmente el período patriarcal son patriarcales y deberían ser objeto de una revisión. En todo caso, hay que tomarlos con cautela. Clitemnestra podría estar entre esas potencias maternas que no habían perdido todavía todo poder.

Lemke, después de un análisis de la obra de Homero, quien afirma que «Zeus es padre de los hombres y de los dioses» y al que interpela diciéndole «tú que eres nuestro padre», escribe: «*No es pues ilegítimo ver en la religión olímpica una religión del Padre.*» (El subrayado es del autor).⁷

Alguna escuela psicológica moderna habla todavía de «asesinar a la madre», especialmente si se es hombre, para adquirir la virilidad. La literatura es asimismo una cantera de denuncias a la madre. Un ejemplo puede ser el que menciona Badinter (op.cit.) refiriéndose a Günter Grass en su novela *El Rodaballo* donde escribe que el acto viril por excelencia es el asesinato de la madre.

El miedo a la restauración de la Madre, a unas relaciones de equilibrio y equidad, es tal en los «padres virtuales» y en las hijas que sueñan con ser madres que no se dan cuenta de que rechazan, condenan y asesinan una sustituta, un aya, una nodriza, una institutriz, una criada, una esclava, una *eme función de pe mayúscula*, pero nada más. Ese pobre y desdichado fruto de la maternidad como impostura.

notas:

1. Françoise Héritier, antropóloga francesa, hace estas afirmaciones en la entrevista que le hace Evelyn Sullerot en el libro colectivo *Le fait Féminin* (1978). La cita corresponde a la trad. cast. que publicó en Barcelona Argos-Vergara en 1979. Está en las pp. 418-425.

Los autores Baguenard, Maisondieu y Métayer, profesores de la Universidad de Bretaña occidental en Ciencias Políticas, Psiquiatría y Sociología respectivamente, publicaron en 1983 el libro *Les hommes politiques n'ont pas d'enfant* editado en París por P.U.F. Cualquier otra referencia de dichos autores se debe al mencionado libro.

2. Son voces en la sombra porque la denuncia de la no existencia de la maternidad no es el objeto de estudio de las autoras/es sino que el hecho les sale al paso, casi como un tropezón cultural, que en cambio no pasan por alto.

. A Martín Sagrera le editó en B. Aires Rodolfo Alonso. Cita en p. 145.

. La trad. franc. de Chessler es de Payot, 1975, y la cita está en p. 33.

. C. Olivier ha sido editada en cast. en México: Fondo de Cultura Económica. Y la cita está en la 1ª reimpr., 1987, p. 211.

. El libro de A.M. Vilaine, entre la novela y la biografía, vio la luz en París: Mercure de France. Cita en p. 7.

. Baguenard *et al.* op. cit. 118.

- . S. Tubert: Madrid, Siglo XXI, p. 77.
 - . La trad. fran. del libro de J. Swigart está en París: R.Laffont, 1992, p. 283.
 - . I. Knibielier y D. Berger, cuyos trabajos se encuentran en el libro colectivo dirigido por Riot-Sarcey, editado en París: Kimé, están en las pp. 42 y 110 respectivamente.
 - . El psicopedagogo Snyders fue traducido al cast. en 1981. Barcelona: Gedisa, p. 53.
 - . El texto de A. Rich: trad. cast. Barcelona: Icaria, 1983, p. 307.
 - . G. Simenon, trad. cast. Barcelona: Tusquets, 1993, 18-19.
 - . G. Hierro, filósofa mexicana. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
 - . C. Sáez, psiquiatra. Trabajo mecanografiado presentado en un curso de verano en la Univ. Complutense de Madrid.
 - . Lorite Mena, J. Barcelona: Anthropos, p. 208.
3. Op. cit. 418.
4. E. Badinter (1992) *La identidad masculina*. Trad. cast. Madrid: Alianza, 1993, p. 37-38.
5. El texto de Lothar Perliit se titula «Le père dans l'Ancien Testament» y es un capítulo del libro de Tellenbach (dir.) *L'image du père dans le myte et l'histoire*. Trad. franc. del alemán; París: PUF, 1983, 71-128. Cita: 75-76. (Ed. or. 1976). Trad. cast. de la cita: V.S.
6. Véanse de Hesiodo: *Teogonía y Los trabajos y los días*. En el libro de Chessler (op. cit.) la introducción: «Deméter revue».
7. El texto de Werner Lemke se titula «l'image du père dans la poésie de la Grèce». En Tellenbach (dir.) Op. cit. pp. 145-168. Cita: 149. Trad. cast. de la cita: V.S.